

Jean-Manuel ROUBINEAU, *Les cités grecques (VI<sup>e</sup>-II<sup>e</sup> siècle av. J.-C.). Essai d'Histoire Sociale*, Paris, Presses Universitaires de France, 2015, 477 pp. [ISBN: 978-2-13-063362-4].

En relación a la Historia Social en la antigua Grecia son muchas las obras que tratan cuestiones de esta índole, pero que se limitan a ocuparse de un territorio determinado o que se centran en una temática específica. No obstante, el trabajo que aquí reseñamos es el resultado de una identificación de los aspectos comunes de las estructuras sociales que configuraban las ciudades griegas y que, como bien apunta el autor desde el inicio, son tan próximas que permiten hacer una historia social del conjunto de todas ellas.

Para ello, el Profesor Jean-Manuel Roubineau ha construido un discurso histórico transversal que deja a un lado la parcelación temporal tradicional que encontramos en la obra clásica de Fritz Gschnitzer (*Historia Social de Grecia. Desde el Período Micénico hasta el Final de la Época Clásica*, Madrid, 1997) o en la de Michel Austin y Pierre Vidal Naquet (*Economía y sociedad en la antigua Grecia*, Barcelona, 1986), en las que el marco cronológico lo marcan las sucesivas etapas culturales de época micénica, homérica, arcaica y clásica, para aproximarse hacia una estructura más cercana a los escritos de Moses I. Finley (*La Grecia Antigua. Economía y sociedad*, Barcelona, 1984), al considerar que los cambios sociales están marcados por ritmos variables que pueden sucederse en diferentes tiempos según el lugar y sin necesidad de responder a cambios políticos.

Dichos argumentos son los que le llevan a optar por un esquema de trabajo temático que abarca desde el siglo VI al I a.C. y que supone ya de por sí una innovación al articular su ensayo a partir de las desigualdades sociales, presentes estas en los distintos ámbitos que conforman una vida en sociedad. Esta visión incrementa su valor al mostrar cómo, a pesar de que han sido los ideales democráticos los que han imperado en la transmisión del conocimiento sobre la antigua Grecia, la estructura, tanto de las ciudades, en general, como la de los grupos humanos, en particular, se sustentaba sobre jerarquías.

El libro se encuentra dividido en cuatro grandes apartados. El primero de ellos comienza con el título *Un système d'inégalités* y con probabilidad se trata del más denso de la obra. Subdivido en tres capítulos, parte de la emergencia en el siglo VI a.C. de la noción de *estatus* como elemento diferenciador de las diversas categorías de derecho que conformaban la sociedad: ciudadanos, extranjeros y esclavos. Lejos de encontrar un sistema democrático, se pone de manifiesto la realidad de una ciudadanía censitaria al exigir la posesión de un terreno dentro de la *polis* para ejercer responsabilidades políticas y supeditar cargos a la tenencia de un nivel de fortuna determinado. En cuanto a los extranjeros y los esclavos, los primeros podían llegar a ser integrados en la ciudad –o no– con una serie de privilegios variables, mientras que los segundos se podían encontrar en propiedad de un particular, un colectivo o la ciudad, acarreando con ello divergencias en su trato y consideración. La existencia de clases ya preocupaba a los antiguos como vemos en el capítulo tercero, pues el con-

flicto ricos-pobres podía significar la ruptura del equilibrio en la ciudad al conllevar la caída de los ciudadanos, considerados como únicos veladores de la *polis*.

De este esquema se queda fuera la mujer, cuyo espacio vemos en el capítulo segundo, y cuya posición se resume entre cuidar de los hijos y del hogar si cumple las funciones de esposa, o proporcionar divertimento y placer en calidad de prostitutas, concubinas o cortesanas. Esta dicotomía plantea la separación de espacios y el reparto de tareas que confina a la mujer a los lugares interiores de la casa y a las labores domésticas. Muy interesante es el contenido referente al surgimiento del *Gynéconomos* como magistrado que legisla y preserva los comportamientos de las mujeres casadas a partir de finales del siglo IV a.C. No obstante, esta es la realidad de las mujeres de familias, al menos, de clase acomodada, pues las esposas e hijas de los pobres debían trabajar igual que ellos para sobrevivir, lo que implica desigualdades de estatus también entre ellas.

Pero las jerarquías sociales no son sólo identificables en el ámbito del derecho, sino que su imagen es palpable en las estructuras cotidianas. A dicha temática dedica el autor el apartado segundo al considerar que, al contrario de las lecturas igualitarias que se han propuesto en no pocas ocasiones de las ciudades griegas, la realidad era muy distinta a todos los niveles. En el capítulo cuarto se plantean las diferencias en los vestidos según la clase social a la que se pertenecía, desde las opulentas túnicas y velos de las clases acomodadas hasta las túnicas cortas propias de trabajadores y esclavos. A ello se adjunta la práctica del desnudo, símbolo del hombre ciudadano y libre que se prepara en el gimnasio para la batalla, en contraposición a la mujer desnuda, identificada directamente con la práctica de la prostitución. Siempre inferior al hombre, la mujer también se ve obligada a seguir normas corporales y estéticas estrictas en consonancia con el espacio y la posición interior que debe guardar, principalmente el fomento de la palidez, conseguida a partir de cosméticos, y el uso del velo, que le cubre solo la cabeza o también la cara.

Dicho confinamiento también se plantea en cuestiones alimentarias, como vemos en el capítulo quinto, pues si para la mujer la sobriedad debe ser su norma, tanto en su comportamiento como en su apetito, el hombre es libre de entregarse a los excesos de los banquetes. En ellos se aprecian igualmente las condiciones sociales y económicas en función de la cantidad de productos importados que el anfitrión fuera capaz de servir, en contraposición a la dieta del pueblo basada en legumbres y verduras. Idénticas diferencias cualitativas encontramos en el capítulo sexto a la hora de analizar los espacios de hábitat y funerarios. Los primeros variaban en función del grado de riqueza del *oikos* y en las casas pudientes existía el *gynaikônitis* o espacio reservado para la mujer. En cuanto al terreno funerario, las necrópolis reflejaban –a partir de la arquitectura de las tumbas y la erección de estelas– las diferencias entre los vivos y los muertos y es importante destacar que la ciudadanía no era una condición para enterrarse en el territorio de la *polis*.

Con el tercer apartado, titulado *La fabrique des héritiers*, se plantean los mecanismos de reproducción y movilidad social, comenzando el capítulo séptimo con el análisis de las cuestiones matrimoniales que juegan un papel primordial al ser *esposas y madres de ciudadanos*. Volvemos a encontrar desigualdades entre géneros en

la concepción de este enlace, pues si para la mujer el matrimonio supone su rito de paso a la edad adulta al salir de su casa para pasar a la del marido, para este ese rito iniciático ha sido el servicio militar. A ello hay que sumar la endogamia cívica, ya que a la hora de elegir esposo o esposa aspectos como el patrimonio, las rentas o el estatus eran claves para la decisión final. Una vez producida la unión, las parejas griegas se podían encontrar con dos problemas como vemos en el capítulo octavo: no tener descendencia por un lado, viéndose obligadas a adoptar o al divorcio para buscar una nueva esposa, y, por otro, a tener demasiados hijos con la consecuente división del patrimonio. Para evitar esta última posibilidad se pusieron en práctica mecanismos de contracepción, aborto, abandono o infanticidio que garantizaran la supervivencia del linaje y el mantenimiento del estatus familiar.

La formación de los hijos también constituía una preocupación importante. En el capítulo noveno se puede apreciar el modelo educativo tripartito puesto en práctica en la gran parte de las polis griegas, así como los valores y saberes que se transmitían en las escuelas para los varones, mientras que las jóvenes se formaban en el hogar. Para ellos, esta formación podía continuar con la efebía o la pederastía, la primera más centrada en el ejercicio militar y la segunda descrita por los antiguos como pedagógica. Ya en este punto las desigualdades sociales se hacían patentes: ir a la escuela no estaba al alcance de todos, pero muchos menos podían formarse con un efebo o mantener una relación con un pederasta durante años. Incluso entre las élites había grupos. En cuanto a la movilidad social, el capítulo décimo ya plantea los problemas existentes en torno a su conocimiento: se ignora mucho sobre la movilidad profesional, los cambios de empleo, la situación en los *emporia*... Más claros se tienen otros mecanismos, como la caída en la mendicidad o en la esclavitud, y viceversa, la obtención de la libertad y la personalidad jurídica, o la concesión del derecho a la ciudadanía por parte de la *polis* o a partir de la compra de esta como una oportunidad de promoción rápida. No obstante, como vemos en los estudios de J. K. Davies (*Athenian propertied families 600-300 B.C.*, Oxford, 1971) la permanencia de una familia en la élite durante generaciones era extremadamente complicada.

El último apartado del libro, *La toile des liens sociaux*, se ocupa primeramente de las formas y niveles de sociabilidad existentes en el capítulo decimoprimer. Los espacios de sociabilidad difieren en función de la clase social y del género: la taberna, la fuente, la sala de costura, el *symposion*, los ritos religiosos... Así se establecen unas redes familiares, de amistad, vecindad o cívicas donde incluso la ciudad también participa. En el capítulo decimosegundo podemos ver cómo la *polis* actúa para asistir a los huérfanos de guerra o a los mutilados en los combates, si bien los mendigos son vistos como parásitos que no merecen ninguna atención. En cuanto a las estructuras familiares, el cuidado de los padres o abuelos ya ancianos recae sobre los hijos como una obligación legal, y su incumplimiento podía conllevar la pérdida de derechos como el poder hablar en la asamblea. Otras formas de solidaridad social tuvieron lugar, como las relaciones de vecindad, el clientelismo o las asociaciones, estas últimas dando una ayuda que podía ser funeraria, judicial o de asistencia.

En conclusión, parece quedar refrendado a partir del apoyo en las fuentes escritas, arqueológicas y artísticas que se aportan que, con la constitución de los estatus en las

ciudades, se puso en práctica un nuevo modelo legal, político y social que se basaba en unos ideales propios de unas élites masculinas, ricas y ciudadanas. Este libro amplía los horizontes de estudio y conocimiento de la historia social de la antigua Grecia con un inmenso abanico de dimensiones, cotidianas y eventuales, que reflejan bien cuál fue la realidad social de las polis griegas en estos cinco siglos en los que, como afirma su autor, *todo cambió para que nada cambiara*.

Benjamín CUTILLAS VICTORIA

Universidad de Murcia  
benjamincutillas@yahoo.es